



LA PRIMERA CARTA A LOS TESALONICENSES

Coordinador: Dr. Tomás Otero Lázaro

EDITORIAL Pág. 2

SECCIÓN MONOGRÁFICA

1. “El nacimiento de una comunidad cristiana: Tesalónica” Pág. 5
Carlos GIL ARBIOL
2. “La predicación del Evangelio en Tesalónica (1 Tes 1–3)” Pág. 15
Juan Antonio AZNÁREZ
3. “La vida cristiana y la venida del Señor (1 Tes 4–5)” Pág. 25
Juan Luis CABALLERO GARCÍA
4. “La primera Carta a los Tesalonicenses y la tradición evangélica” Pág. 35
Francisco PÉREZ HERRERO
5. “El Evangelio que Pablo había predicado en Tesalónica” Pág. 45
Tomás OTERO LÁZARO

SECCIÓN ABIERTA

1. “El Resucitado camina con los sufrientes del mundo” Pág. 57
José CERVANTES GABARRÓN

SECCIÓN DIDÁCTICA

1. “Antología bíblica de la música sacra (1/4)” Pág. 63
Juan Carlos GARCÍA DOMENE

SECCIÓN INFORMATIVA

1. *In memoriam.*
Francisco Contreras Molina Pág. 70
2. Boletín bibliográfico bíblico Pág. 72

Editorial

La primera Carta a los Tesalonicenses, un escrito más bien breve, no se destaca en el conjunto del epistolario paulino ni por la riqueza y densidad de su reflexión teológica ni por la amplitud u originalidad de su enseñanza moral y práctica. Pero tiene una característica que la hace distinta y le otorga un puesto singular entre las cartas de Pablo: es, según opinión mayoritaria, el escrito más antiguo que se ha conservado del apóstol. También, el escrito más antiguo de todo el Nuevo Testamento, el primer testimonio literario del cristianismo naciente.

Además, 1 Tes fue escrita por Pablo al poco tiempo de haber predicado el Evangelio en la ciudad de Tesalónica. El recuerdo de la evangelización está todavía muy vivo. Carlos Gil Arbiol se ocupa de recrear ese primer momento del anuncio del Evangelio en Tesalónica: la llegada de los misioneros, el nacimiento de la comunidad, el ambiente hostil que desde el principio la rodea, el entramado social del que forman parte los convertidos, las dificultades que encontraban para perseverar en la fe y vivirla.

El eco de esta situación lo escuchamos en los tres primeros capítulos de la carta, en los que Pablo recuerda cómo fue el anuncio del Evangelio y la acogida por parte de los tesalonicenses. En ellos, como muestra el comentario de Juan Antonio Aznárez Cobo, se pone de manifiesto la intensa relación personal que los misioneros establecen con los que escuchan su predicación y se convierten. La distancia física, impuesta por las circunstancias, no debilita esa relación; al contrario, hace que Pablo experimente intensamente la preocupación por sus cristianos y ponga los medios a su alcance –envío de Timoteo, escritura de la carta– para ayudarle a perseverar y completar lo que falta a su fe.

Porque, en efecto, Pablo no había podido completar la instrucción de los tesalonicenses, al verse obligado a abandonar la ciudad. Remediar esta deficiencia es el motivo principal de la carta. Juan Luis Caballero García reflexiona sobre las enseñanzas que Pablo les transmite, comentando los capítulos 4 y 5 de la carta. En ellos el apóstol da respuesta a las inquietudes y preocupaciones de los tesalonicenses sobre la suerte de los difuntos y el momento de la parusía del Señor, les instruye sobre la vida cristiana personal y comunitaria y, sobre todo, les anima a tener un comportamiento coherente con la llamada que han recibido a la salvación, con la mirada puesta en la venida del Señor Jesucristo.

En la enseñanza que Pablo transmite a los tesalonicenses, sobre todo respecto a la parusía del Señor, se escucha el eco de la enseñanza del propio Jesús, tal como ha sido recogida en los evangelios sinópticos.

Francisco Pérez Herrero investiga esta conexión entre la doctrina de Pablo expuesta en la carta y la predicación de Jesús conservada en la tradición y posteriormente puesta por escrito en los evangelios.

Decía al principio que 1 Tes no se distingue por la riqueza de sus contenidos teológicos. Tal afirmación es sólo verdad en parte, pues, cuando miramos más allá de lo que la carta dice explícitamente y prestamos atención al bagaje de conocimiento del mensaje cristiano y de experiencia de vida cristiana que presupone, descubrimos un horizonte mucho más amplio y rico. Descubrimos el Evangelio que Pablo y sus compañeros habían anunciado a los tesalonicenses. Reconstruir las líneas maestras de esa primera predicación del Evangelio en Tesalónica a partir de lo que presupone la carta es el objetivo del último artículo, firmado por un servidor.

Tomás Otero Lázaro



EL NACIMIENTO DE UNA COMUNIDAD CRISTIANA: TESALÓNICA



Carlos Gil Arbiol

Tesalónica fue la primera comunidad a la que Pablo dirigió una carta, el primer escrito del Nuevo Testamento que se nos conserva: una carta novedosa, cargada de afecto y ternura, de imágenes extrañas y de ánimo y confianza; una carta que refleja algunos aspectos de lo más genuino de Pablo en los orígenes del cristianismo: su estrategia misionera, sus fundamentos éticos, la organización de la comunidad, etc. Estamos, pues, ante un testimonio privilegiado de la figura de Pablo, de su corazón y de su pasión: la ekklêsia del Dios descubierto en la cruz de Jesús.

1. Llegada de Pablo a Tesalónica

LA comunidad de creyentes de Tesalónica no fue la primera fundación propiamente paulina; en Filipos, unos meses antes de llegar a Tesalónica (cf. 1 Tes 2,2; Hch 16,11-40), Pablo creó una comunidad con la que mantuvo una estrecha y privilegiada relación (cf. Flp 1,7-8; 4,15-16). Y todavía antes de llegar a Filipos, en mitad de la “Vía Común”, el camino imperial que unía el este con el oeste de Asia Menor, Pablo creó algunas comunidades en Galacia (aunque quizá ya existían, fruto de la misión antioquena; cf. Gál 1,2; 3,1; 4,13). Éstas habían sido las primeras etapas de la misión independiente de Pablo, aquella que inició cuando se marchó de Antioquía tras un conflicto con Pedro (Gál 2,11-14) que le convenció de la necesidad de “no construir sobre cimientos ya puestos por otros” (Rom 15,20). Sin embargo, Tesalónica sí fue la primera comunidad a quien dirigió una carta, el primer escrito del Nuevo Testamento que se nos conserva: una carta novedosa, cargada de afecto y ternura, de imágenes extrañas y de ánimo y confianza; una carta que refleja algunos aspectos de lo más genuino de Pablo en los orígenes del cristianismo: su estrategia misionera, sus fundamentos éticos, la organización de la comunidad, etc. Estamos, pues, ante un testimonio privilegiado de la figura de Pablo, de su corazón y de su pasión: la *ekklèsia* del Dios descubierto en la cruz de Jesús.

Aproximadamente hacia el año 49 d.C., Pablo se marchó de Antioquía, donde había estado entre cinco y diez años. Durante este tiempo, Pablo y Bernabé se habían distinguido entre todas las comunidades de creyentes en Cristo por su decidida misión de anunciar el Evangelio a no judíos. Ésta había sido una consecuencia sociológica de la lectura teológica de la muerte de Jesús en la cruz: si la muerte de Jesús tenía sentido expiatorio, es decir, perdonaba los pecados de todos, ¿qué valor tenían entonces los sacrificios realizados en el templo de Jerusalén con el mismo fin? Si en la muerte de Jesús Dios estaba revelan-

do su voluntad de salvación para todos los hombres, ¿qué sentido tenía ya la Torá, la ley que reflejaba la voluntad de Dios? Si la muerte de Jesús era el acontecimiento definitivo de la historia, ¿no habría que reunir al nuevo pueblo de Dios, en el que debían estar, como iguales, judíos y paganos, esclavos y libres, varones y mujeres (cf. Gál 3,28)? Antioquía fue, probablemente, la primera comunidad de creyentes en Cristo que se planteó abiertamente que las fronteras étnicas que marcaban las normas de pureza ritual (contenidas o emanadas de la Torá) ya no tenían sentido y que, por lo tanto, se debían abrir las puertas tanto a judíos como a paganos. Las consecuencias de este gesto fueron muchas, puesto que se obligó a convivir en la misma mesa a ambos grupos, forzando a los judíos a incurrir en impureza (cf. Hch 11,1-3). ¿Había o no que circuncidar a los paganos? ¿Había que obligarles, al menos, a cumplir ciertos preceptos de la Torá para evitar la impureza? ¿Qué relación tenía, en el fondo, la fe en Jesús con la Torá?

Para resolver estos problemas se convocó una asamblea en Jerusalén en torno a los años 48-49, que resolvió no circuncidar a los paganos pero no dio solución al problema de convivencia entre unos y otros. El conflicto estalló de nuevo más tarde, y se adoptó una solución de compromiso liderada por Pedro: no exigir a los paganos más que lo mínimo, es decir, “abstenerse de lo sacrificado a los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de la impureza (sexual)” (Hch 15,29). Esta solución reconocía un cierto valor en la Torá y no hacía suficientemente visible que Jesús es el único que reconcilia con Dios; a juicio de Pablo, esto era “edificar lo que destruí” o creer que “Cristo había muerto en vano” (cf. Gál 2,18.21). Pablo se da cuenta de que es muy difícil construir la *ekklèsia* de Dios sobre cimientos que ha puesto otro (cf. Rom 15,20), de modo que iniciará una misión independiente cuyo objetivo será precisamente ése: poner él mismo los cimientos de la *ekklèsia*, Cristo (cf. 1 Cor 3,10).

2. Los inicios de la comunidad

ASÍ nacen la comunidad de Filipos y la de Tesalónica; ambas, como se puede ver en una lectura comparada de las dos cartas, comparten muchas características. Lucas, en el libro de los Hechos de los apóstoles, narra las dificultades sufridas en Filipos (Hch 16,11-40) y la llegada a Tesalónica (Hch 17,1). Es improbable, no obstante, que la predicación de Pablo se dirija directamente a la sinagoga y, todavía más improbable, que algunos judíos entraran a formar parte de la *ekklésia* (cf. Hch 1,1-4), ya que no hay indicios de miembros de origen judío en la carta de Pablo (cf. 1 Tes 1,9) y la estrategia de anuncio del Evangelio es diferente, como vamos a ver. Por otra parte, los datos de Lucas coinciden con su idea teológica: mostrar que las promesas de Dios para su pueblo no han fallado, sino que ha sido el rechazo de éste lo que ha provocado la apertura a los paganos (cf. Hch 13,44-47; también Lc 14,15-24).

Pablo ofrece varios datos que apuntan en otra dirección. El primer dato es una característica muy típica de Pablo: ponerse a trabajar con sus propias manos cuando llega a una ciudad, lo que resulta perfectamente comprensible dada la necesidad de subsistir (1 Tes 2,9; cf. también 1 Tes 4,11; 1 Cor 4,12; cf. Hch 18,1-3). Otro dato es la referencia que da el mismo Pablo en la primera carta que escribe: “Partiendo de vosotros, en efecto, ha resonado la Palabra del Señor y vuestra fe en Dios se ha difundido no sólo en Macedonia y en Acaya, sino por todas partes” (1 Tes 1,8). En tercer lugar, Celso, escritor romano del siglo II d.C. que critica a los cristianos, menciona cómo, todavía en el siglo II, el modo de “hacer resonar” el Evangelio es “de boca en boca”: “Vemos estos que despliegan su enseñanza secreta en los mercados y que van por ahí como mendigos (...). Dicen [a los jóvenes] que si les gusta [el Evangelio] pueden dejar a sus padres y maestros para ir con las mujeres y los niños pequeños a la

tienda de los tejedores de lana o a las tiendas de los zapateros remendones o de los lavaderos, de manera que puedan aprender la perfección” (Orígenes, *Contra Celso* 3,50-55).

Estos datos reflejan una estrategia misionera que tenía unos espacios preferentes: los lugares de trabajo de los artesanos, los barrios gremiales localizados en los márgenes de las ciudades, junto a las murallas. Ahí la densidad de población era muy alta y la vida cotidiana se realizaba en la calle y en los talleres y tiendas (*tabernae*), donde convivían mayores y niños, y las noticias “resonaban de boca en boca” con una enorme facilidad. En las ciudades del Imperio, el modo más extendido de vivienda era el de “piso de alquiler” en bloques de apartamentos (*insulae*). En ellos se podía alquilar un local abierto a la calle en el que trabajar (*taberna*) que, generalmente, tenía un pequeño cuarto (*cubiculum*) en su parte superior, donde la familia (incluidos los esclavos o trabajadores dependientes, si los hubiera) dormía por las noches. Pablo, en Tesalónica, debió aprovechar su formación como fabricante de tiendas o guarnicionero (cf. Hch 18,1-3) para anunciar el Evangelio mientras trabajaba en una tienda en el barrio gremial; probablemente, la familia para la que se puso a trabajar le daba comida y cobijo a cambio de su trabajo. Así debió comenzar la *ekklésia* de Tesalónica.

3. La comunidad en su contexto

ENTONCES, si la estrategia de puesta en marcha de la *ekklésia* fue tan silenciosa, si los conflictos con la sinagoga no fueron tales, si Pablo no fue predicando en público por las calles abiertamente, ¿cómo se explica la hostilidad y las enormes dificultades que se encontraban Pablo y los nuevos creyentes en cada ciudad, también en Tesalónica? Esta pregunta requiere una mirada a las circunstancias y el contexto en los que nace y crece esta joven comunidad.

a) Hostilidad en Tesalónica

Pablo no visitó las ciudades pequeñas del Imperio, sino las más populosas e importantes. Es en éstas donde había más pluralidad de cultos y asociaciones de todo tipo. La gran densidad de población que se concentraba en ellas, como hemos dicho, era un factor muy favorable para que se extendiese por toda la ciudad cualquier nueva noticia o cualquier culto nuevo. Y esto favorecía a los misioneros de todo tipo, entre ellos a Pablo, pero también ayudaba a quienes quisieran difundir opiniones contra alguien. Y parece que Pablo sufrió una campaña de desprestigio, a juzgar por la acalorada defensa de sí mismo que hace en 1 Tes 2,1-12. ¿Por qué?

En 1 Tes 1,9, Pablo les recuerda a los tesalonicenses “cómo os convertisteis a Dios, tras haber abandonado los ídolos, para servir al Dios vivo y verdadero”. Este abandono de los ídolos, además de ser una referencia clara al origen no judío de la comunidad, ofrece un dato importante: entrar en la *ekklêsia* significó el abandono de aquellos cultos a los ídolos que, por oposición al “vivo y verdadero”, eran calificados implícitamente como “muertos y falsos”. Pablo, en la comunidad de Corinto, dará muestras de la exclusividad que exigía en la *ekklêsia*: “No podéis beber la copa del Señor y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios” (1 Cor 10,21). Esta exclusividad (que, no obstante, Pablo matizó en otros momentos: cf. 1 Cor 8,1-13), junto con la negativa valoración de los cultos paganos, tuvo que resultar muy poco popular e incluso ridiculizada y despreciada; pocos grupos (como los judíos) resultarían tan sectarios y prepotentes a los ojos de los demás.

Por otra parte, los artesanos del gremio a los que Pablo se sumó cuando llegó a Tesalónica probablemente le invitaron a formar parte de alguna asociación voluntaria de las muchas que existían en este tiempo; en ellas se cultiva-

ban las relaciones sociales, se encontraban amistades y contactos laborales y sociales, se cultivaba el sentido de pertenencia a la ciudad, se adoraban diversos dioses, especialmente a aquellos que apadrinaban el gremio y lo cuidaban y protegían frente a las inclemencias del mercado laboral, etc. La deslegitimación religiosa de estos dioses como “ídolos muertos y falsos” era, sin duda, una falta de cortesía y un deshonor, pero era, además, un desafío a la estabilidad económica y social del gremio. Resulta lógico pensar que desde estas asociaciones gremiales se desplegara una campaña con el objetivo de desprestigiar a Pablo y, así, deslegitimar sus argumentos religiosos y, por tanto, recuperar la paz social y económica. Pablo, que había sido el fundador, iniciador y animador de las deserciones, fue el blanco de críticas de todo tipo: desde acusaciones de avaricia, de egoísmo, de buscar honor y gloria social, hasta la de tener intereses ocultos, etc. (cf. 1 Tes 2,1-6). Todas estas críticas, fomentadas por sus compatriotas, tenían como fin desprestigiar al fundador para que los cristianos volvieran a sus antiguos cultos y mantener así la paz.

Además de estas razones, no podemos ignorar las consecuencias políticas que tiene la proclamación de un Señor y Salvador crucificado por las autoridades del Imperio en Judea. El culto al emperador era un instrumento que servía a varios fines; entre ellos, generar cohesión, identidad, sentido de pertenencia y, a su vez, controlar, atar y evitar el desorden y la desintegración político-religiosa. El emperador era señor, salvador, hijo de Dios; él trae la paz; su presencia es una epifanía; su nacimiento y venida es buena noticia (*euaggelion*); domina el cielo y el mar, junto a todas las naciones de la tierra; él garantiza el orden del universo, y el culto al emperador suponía la pequeña contribución personal a este orden y equilibrio (el que mantiene el poderoso subyugando al dominado); así se puede leer en una inscripción del año 9 a.C. hallada en Priene:

“Puesto que la providencia, que ha ordenado divinamente nuestra existencia, ha aplicado su energía y celo y ha dado vida al bien más perfecto en Augusto, a quien colmó de virtudes para beneficio del género humano, otorgándonoslo a nosotros y a nuestros descendientes como salvador —él, que puso fin a la guerra y ordenará la paz—, César, que mediante su epifanía excedió las esperanzas de quienes profetizaban el evangelio... y puesto que el cumpleaños del dios trajo primero al mundo el evangelio que redime en él... por esa razón, con buena fortuna y seguridad, los griegos de Asia han decidido que el año nuevo debe empezar en todas las ciudades el 23 de septiembre, el día del cumpleaños de Augusto...”

Y Tesalónica era una ciudad que se había distinguido a lo largo de su historia por la fidelidad y adhesión a Augusto y a sus sucesores. Pablo, en su predicación en Tesalónica y en la carta que escribe después, subraya de un modo inequívoco y provocativo la unicidad de Dios y su exclusividad de culto, privando al culto al emperador de su sentido original y básico. En 1 Tes 4,13-18, con un lenguaje apocalíptico, Pablo presenta a Cristo tal como los tesalonicenses (y otros ciudadanos romanos) presentaban la llegada triunfal del emperador: “El mismo Señor bajará del cielo con clamor, con voz de arcángel y con la trompeta de Dios... y seremos arrebatados en nubes... al encuentro del Señor” (1 Tes 4,16). El Evangelio de Jesús Señor se oponía de este modo al del emperador. Esto, lógicamente, atrajo por parte de los compatriotas de la comunidad más hostilidad, si cabe, generando una situación de clara marginación social.

b) Complicadas redes sociales

Como hemos dicho, Pablo trabajó con sus propias manos en Tesalónica (1 Tes 2,9) y en otras ciudades para no ser gravoso a ninguna comunidad (cf. 1 Cor 4,12). Trabajar con las propias manos era considerado una ocupación poco digna; quienes estaban en lo alto de la escala


social eran, precisamente, aquellos que no dependían de sus manos para trabajar porque tenían quien lo hiciera por ellos. Trabajar con las manos era propio de la clase artesanal. Pablo, aunque era artesano, podía haber adoptado otra estrategia diferente a la de ejercer como guarnicionero: la de recibir hospedaje en casa de un creyente más o menos acomodado que lo pudiera costear.

De hecho, vivir del trabajo de apóstol era la práctica más extendida en el cristianismo primitivo (cf. 1 Cor 9,1-18; Lc 10,7; Gál 6,6; 1 Tim 5,17-18), igual que era común entre algunos rabinos y entre algunos filósofos que el maestro fuera sustentado por sus discípulos. En la tradición cristiana se desarrolló la idea de que “el obrero merece su salario” aplicada a los apóstoles, misioneros o dirigentes (Mt 10,10; Lc 10,7; Gál 6,6; 1 Tim 5,17-18). Este derecho conllevaba explícitamente, según la tradición que Pablo hereda, el privilegio de no trabajar (1 Cor 9,6). La base de esta tradición no se remonta sólo hasta Jesús, sino que se apoya en Dt 25,4. Sin embargo, Pablo no hizo uso de este privilegio ni en Tesalónica ni en Corinto (aunque no rechazó la ayuda de los filipenses; por ejemplo, cf. Flp 4,11 y 2 Cor 11,7-9) y esto le trajo muchos problemas (2 Cor 12,12-19). La aspiración a la “autosuficiencia” (o “autarquía”) se manifiesta bastante importante en la estrategia misionera de Pablo (cf. Flp 4,11).

Además, parece que la renuncia de Pablo a ser sustentado por la comunidad (1 Tes 2,9) y la determinación de trabajar con sus propias manos no fueron un ejemplo seguido por todos los tesalonicenses. Los datos que nos ofrece Pablo en la carta nos permiten vislumbrar un conflicto intracomunitario que tiene alguna relación con el liderazgo de la comunidad y se amplía y complica en 1 Tes 5,12-14 y en 2 Tes 3,6-16. De acuerdo a estas referencias, algunos miembros de la comunidad muestran cierta ansiedad por tener una participación muy activa en la vida de la comunidad. Quizá es tan desmedida que descuidan su propio trabajo por dedicarse a los asuntos de los demás. Al preferir este modo de vida ante el

suyo, apelan al derecho de ser sustentados por la comunidad para dedicarse por entero a ella. Esto pudo suponer un problema para los verdaderos dirigentes, como lo confirma 1 Tes 5,12-14, que debían tener serias dificultades para discernir los límites del amor fraterno y para actuar ante comportamientos “desordenados” (que parecen estar al servicio de la comunidad pero que son una carga insoportable). Todo ello refleja una complicada situación en la que la dependencia o independencia de los creyentes (y de Pablo) respecto de su entorno (comunitario y social) tiene mucha importancia para la credibilidad del Evangelio.

La sociedad grecorromana estaba organizada, desde el punto de vista social, en una red de patronazgo y clientela por medio de la cual todos sus miembros tenían un lugar en esa red jerárquica. En lo más alto estaba el emperador como *pater patriae*, “patrón” supremo, que tenía su propia red de “clientes”; éstos, a su vez, tenían sus propias redes de clientes, dando lugar a una compleja red en la que la mayoría eran, a la vez, clientes de otro patrón superior y patronos de un grupo de clientes. Incluso la casa reproducía algunas de estas características. El cliente de un patrón recibía de éste beneficios económicos y, con ellos, una posición social; el patrón recibía del



*Quando me muera
alguien
cercano
cerrará
mis ojos*

conjunto de clientes honor, prestigio y, con ello, una posición social; ambos ganaban con la transacción. Sin embargo, el cliente, a cambio de los beneficios materiales, debía reconocer en el patrón autoridad y una posición superior que le exigía obediencia y subordinación. Si Pablo hubiera aceptado, como apóstol, la posibilidad de ser mantenido económicamente por la comunidad o por algún miembro acomodado de ésta, se hubiera situado a los ojos de todos como su “cliente”, y esto era inaceptable para Pablo, porque le haría perder su preciada libertad (1 Cor 9,18-19). Por esta razón, él utilizó una estrategia que le permitía mantener su libertad y exhortó a los creyentes de Tesalónica para que evitaran las dependencias sociales como clientes (1 Tes 4,11-12).

c) Influencias negativas

Una comunidad pequeña y joven como la de Tesalónica estaba muy cerca de todo aquello que había sido su vida antes de creer en Cristo. Sus relaciones sociales, sus prácticas cotidianas, etc., resultaban una continua llamada a recuperar la vida pasada, menos hostil y más tranquila. De hecho, parece que una de las preocupaciones más importantes de Pablo cuando escribe la primera Carta a los Tesalonicenses es el peligro de abandono de la fe (“Por lo cual, no pudiendo soportar ya más, envié a Timoteo para tener noticias de vuestra fe, no fuera que el Tentador os hubiera tentado y que nuestro trabajo quedara reducido a nada”: 1 Tes 3,5). A esto colaboraba, sin duda con mucha fuerza, el miedo de Pablo a que la fuerza cultural y religiosa de una ciudad tan pujante terminara por vencer y arrastrar a la joven comunidad.

Tesalónica era la capital de la provincia romana de Macedonia. En ella confluían, por una parte, la ruta comercial del norte, que traía las caravanas desde los Balcanes por los valles del río Morava y Vardar; por otra parte, la Vía Egnacia, que servía para desplazar mercancías y personas de la costa este hasta Bizancio; y, por último, las

rutas marítimas que recorrían el Mediterráneo. Era, por lo tanto, una ciudad con gran atracción para todo tipo de cultos, religiones, predicadores, dioses, etc. Ello, entre otras cosas, favorecía el sincretismo religioso: muchas nuevas religiones y cultos surgían por la mezcla de elementos de otras confesiones y creencias.

Uno de estos cultos populares era al dios Dionisos, del cual quedan numerosos testimonios en inscripciones (algunas del siglo I d.C.) descubiertas en las excavaciones realizadas en la ciudad. Aunque, generalmente, los grupos que tenían a Dionisos como objeto de culto eran sólo de varones o de mujeres, están también atestiguadas asociaciones voluntarias mixtas en las que el culto a Dionisos se expresaba, entre otros modos, a través de relaciones sexuales entre los miembros y de la exaltación de símbolos sexuales. En una pequeña capilla de la cripta del templo a Serapis se encontró un hueco perfectamente labrado en piedra en el que se colocaban los genitales de una estatua de Dionisos. Esto no estaba muy extendido, pero en el año 186 a.C. se prohibió el culto a Dionisos en Roma, precisamente, por considerar estas prácticas excesivas. San Clemente de Alejandría, en el siglo II, nos ofrece un testimonio de la deidad más importante en ese momento en Tesalónica: Cabiros. Este personaje había sido asesinado a traición por dos de sus hermanos, los cuales llevaron el cuerpo a los pies del monte Olimpos para su divinización (y así disimular su acción). Posteriormente huyeron a la región de Toscana, en la península itálica, según el mismo Clemente de Alejandría, con el cofre en el que se conservaban los genitales de Dionisos. Estos datos nos muestran un aspecto del sincretismo de la ciudad de Tesalónica, que estaba muy presente en la vida de la comunidad cristiana de esa ciudad.

Así se percibe en la exhortación que Pablo hace en 1 Tes 4,1-8, en la que llama la atención para que cada creyente “sepa poseer su cuerpo con santidad y honor, sin dejarse arrastrar por la pasión desatada, como se dejan arrastrar los paganos que no conocen a Dios. Y que en este punto

nadie haga injuria o agravio a su hermano, porque el Señor toma venganza de todo esto, como ya os lo dejamos dicho y recalado” (1 Tes 4,4-6). Parece que las influencias sincretistas que dominaban en Tesalónica habían penetrado también en la comunidad cristiana, haciendo que algunos cristianos pretendieran tener relaciones sexuales con un “hermano” por el hecho de pertenecer al mismo grupo. Pablo recurre al honor de los tesalonicenses y a la insistencia en su condición de “elegidos” y “santos”: en 1 Tes 1,12 Pablo pidió a la comunidad un comportamiento “digno de Dios”. Por otra parte, establece una línea muy definida entre los cristianos y los demás (“sin dejarse arrastrar por la pasión desatada, como se dejan arrastrar los paganos que no conocen a Dios”: 1 Tes 4,5). De este modo Pablo define la ética cristiana, también, desde la diferencia con los comportamientos de los de fuera; así, el cristiano queda identificado en oposición a su entorno, considerado idolátrico. De este modo, las fronteras del grupo se marcan con total nitidez y todos pueden percibir qué grupo es y qué define su superioridad moral.

4. Circunstancias y motivo de la carta

LOS creyentes de Tesalónica a los que Pablo escribe la carta habían logrado en poco tiempo cambiar su vida: habían abandonado la idolatría; habían sido capaces de descubrir el amor de Dios que se manifestaba en la vida de cada miembro de la comunidad; habían sido capaces de dar ejemplo a otros en estos inicios; habían dado muestras de hospitalidad, de acogida, de caridad; habían cargado con unos estigmas sociales muy pesados que les granjearon el rechazo de su entorno; habían asumido costes económicos y comunitarios; habían mostrado una ejemplar acogida de la predicación cristiana y de los predicadores; habían, en resumidas cuentas, convertido su vida en un camino de santidad que respondía a la llamada de Dios para la salvación. Eran, efectivamente, una comunidad “especial” para Pablo, unida a él por fuertes lazos afectivos.

Sin embargo, este grupo refleja también los problemas normales de una comunidad muy joven, que se está formando; que apenas tiene conciencia de su identidad; cuyo sentido de pertenencia está subdesarrollado y no sabe con claridad dónde están las fronteras de su grupo; que no tiene una idea formada de la conducta adecuada ni de los principios éticos que orientan al grupo; que no acierta a organizarse internamente; que ve surgir diversas fuerzas centrífugas que amenazan la cohesión; que no ha comprendido el verdadero significado de su llamada a la salvación, etc.

Por su parte, el anuncio de la muerte y resurrección de Jesús y la salvación ofrecida resultaba un elemento enormemente liberador: Jesús había ganado para todos la reconciliación con Dios por medio de su muerte y así posibilitaba la salvación en el día de su venida. Esta comprensión del acontecimiento pascual de Cristo le hizo comprender a Pablo el cambio que supuso en la historia y cómo estaban viviendo el momento final, determinado temporalmente por la inminente venida del Señor, que colmaría todas las esperanzas. Por eso, uno de los elementos más importantes de la misión y predicación de Pablo fue el anuncio escatológico de la venida del Señor. Este mensaje, probablemente de urgencia en los primeros años de la misión paulina independiente, generó cierta ansiedad en algunos destinatarios y bastante confusión en otros.

Pablo, pues, escribe esta primera Carta a los Tesalonicenses para, además de legitimar su propio apostolado y su estancia en Tesalónica, dar respuesta a los problemas de los tesalonicenses, tanto a los que le plantean por medio, probablemente, de una carta como a los que Timoteo le ha contado. La presión y hostilidad del entorno, la legitimación de Pablo y su misión, diversas cuestiones de orden interno de la comunidad y el destino de los muertos son los temas más importantes que Pablo aborda en esta carta y van a ser desarrollados en los siguientes artículos.